

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Bernard Lahire
École Normale Supérieure de Lyon /
Institut Universitaire de France

De la necesidad de las ciencias sociales.
Discurso de aceptación del doctorado
honoris causa

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 55, enero-marzo de 2021, pp. 33-35.

ISSN: 01855727
Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Quisiera primero agradecer de forma muy calurosa a la Universidad Veracruzana por otorgarme este título *honoris causa* y, de manera muy particular, a la rectora de la Universidad, doctora Sara Ladrón de Guevara, así como al profesor José Alfredo Zavaleta Betancourt que tuvo a bien presentar mi trayectoria académica y lo hizo con tanta generosidad.

Tal vez no lo sepan, pero se trata de mi primer doctorado *honoris causa* y me siento sumamente honrado, pero también conmovido, de que esta atribución me la haya otorgado una gran universidad de un país de lengua castellana. También tengo que confesarles que me siento hoy un poco avergonzado de pronunciar este discurso en francés y no en español, pese a que la historia de una parte de mi familia, del lado materno, está vinculada con esta lengua. Mis abuelos maternos nacieron en la provincia de Almería, en España, antes de que se fueran a vivir a Argelia durante el periodo de la colonización francesa. Mi abuelo, pastor desde la edad de ocho años, solo aprendió a leer y escribir de manera muy elemental. Mi abuela, quien también abandonó la escuela a la edad de ocho años, continuó aprendiendo a leer con la hija de sus patronos, en la casa donde trabajaba como niñera. Ambos hablaban el español mejor que el francés. Desde Andalucía hasta Argelia y desde Argelia hasta Francia metropolitana (al acontecer la independencia), el castellano que aún hablaba mi mamá para decir cosas cariñosas a sus hijos (o cosas menos cariñosas a quienes la hiciesen enojar) acabó perdiéndose. Lo entiendo un poco pero ya no lo hablo. Hoy, lo lamento.

En este momento en el que recibo este título de doctor *honoris causa* por parte de su universidad, se me ocurre una primera cosa im-

De la necesidad de las CIENCIAS SOCIALES

Discurso de aceptación del doctorado *honoris causa*

Bernard Lahire

Traducción de Benoît Longerstay

Desde que existe la sociología, se ha enfrentado a numerosas resistencias en todo el mundo. ¿Y cómo imaginar que no fuera así toda vez que pone de manifiesto cosas que muchos quisieran poder mantener ocultas? Evidenciar desigualdades o relaciones de dominio en particular, mostrar cómo estas se construyen, se perpetúan y consolidan, constituye algo sumamente molesto para los privilegiados y los dominadores de todo tipo.

portante que mencionar. Trabajando con tenacidad y ascetismo desde hace más de un cuarto de siglo, con un sentido de autonomía y de independencia con respecto a cualquier forma de autoridad, empezando por las autoridades universitarias y científicas, me siento particularmente feliz por recibir señales de reconocimiento fuera de Francia. Es una magnífica incitación para seguir adelante con el trabajo realizado.

A través de mi persona, son la sociología y, más generalmen-

te, las ciencias sociales las que se ven honradas el día de hoy. Desde que existe la sociología, se ha enfrentado a numerosas resistencias en todo el mundo. ¿Y cómo imaginar que no fuera así toda vez que pone de manifiesto cosas que muchos quisieran poder mantener ocultas? Evidenciar desigualdades o relaciones de dominio en particular, mostrar cómo estas se construyen, se perpetúan y consolidan, constituye algo sumamente molesto para los privilegiados y los dominadores de todo tipo. El hecho

Las ciencias sociales se diferencian de los demás géneros del discurso (mediáticos, políticos, religiosos, etc.) por esa posibilidad que tienen de “congelar la imagen” de manera más larga, sistemática y controlada. En vez de “contarnos cuentos” y reforzar los estereotipos de toda índole, los investigadores evidencian lo problemático en las certezas más obvias y menos debatidas, despiertan nuestras conciencias somnolientas, dirigiendo una mirada rigurosa, interrogativa y crítica sobre el estado del mundo.

de que las dictaduras y los regímenes autoritarios arremetan sobre todo en contra de las ciencias sociales muestra con claridad el carácter particularmente incómodo de las mismas.

Podríamos decir que el mundo se divide en dos categorías. Por una parte, están aquellos que buscan construir muros, sean reales o simbólicos, para separar a los grupos, naciones, culturas, civilizaciones; por otra, quienes construyen puentes, caminos, pasajes que vinculan y favorecen la comunicación, los intercambios humanos (y no solo los económicos). Al esmerarse por entender la sociedad o las culturas, al mostrar que las fronteras, nacionales o de otro tipo, son muy arbitrarias y que los seres humanos ubicados en ambos lados de esas fronteras, sean políticas, culturales o sociales, son menos extraños el uno al otro de lo que parecería, los investigadores en ciencias sociales, indudablemente, pertenecen a la segunda categoría.

La historia de las ciencias nos enseña que las sociedades humanas han logrado, poco a poco, conquistar una actitud distanciada con respecto a los fenómenos naturales. Efectivamente, los miembros de las sociedades precientíficas culti-

vaban una relación mágica con el mundo. Al propiciar medios para no confundir sus deseos o temores con la realidad, para ver las cosas de forma menos estrechamente ligada a la posición, intereses y fantasías del observador, la actitud científica permite desligarse de una relación subjetiva, emocional y parcial con la realidad.

Lo que las sociedades han logrado en relación con los mundos físico y natural les está costando mucho más repetirlo con el mundo social. Sin embargo, el desarrollo mundial sin precedentes de las ciencias sociales en la institución universitaria durante el siglo xx, su presencia en numerosas formaciones universitarias o profesionales, su introducción ocasional en las preparatorias, han contribuido a expandir una relación más equipada, informada y racional con el mundo social.

Dada su implicación en distintas ocupaciones rutinarias, familiares, profesionales, culturales o de tiempo libre, en sociedades con una fuerte división laboral, los individuos no tienen a fin de cuentas más que una visión extremadamente limitada de un mundo social complejo. Debido a esta división social del trabajo, dedican su tiempo y su energía a algunas

actividades tan restringidas y localizadas que carecen del tiempo y de los medios necesarios para reconstituir los marcos sociales más generales de los cuales forman parte. La visión horizontal de cada uno de nosotros es una visión de proximidad, una visión “desde abajo” y un tanto corta. ¿En qué escenarios la “sociedad” –ese monstruo complejo e invisible– podría darse a conocer, si no fuera por unas ciencias sociales racionales y empíricamente justificadas?

Indudablemente, las ciencias sociales tienen como objetivo permitir que los ciudadanos accedan a realidades invisibles para la experiencia inmediata. Gracias a su trabajo colectivo de paciente reconstrucción, ofrecen imágenes singulares del mundo social, de sus estructuras, de sus grandes regularidades y de los principales mecanismos sociales que lo regulan. Estas ciencias tienen la capacidad de acceder a unas realidades que nunca nadie ha directamente observado, advertido, “vivido”: movimientos lentos, pluriseculares, de población, desigualdades económicas, escolares, culturales o de salud, tasas de criminalidad, etcétera.

Las ciencias sociales se diferencian de los demás géneros del discurso (mediáticos, políticos, religiosos, etc.) por esa posibilidad que tienen de “congelar la imagen” de manera más larga, sistemática y controlada. En vez de “contarnos cuentos” y reforzar los estereotipos de toda índole, los investigadores evidencian lo problemático en las certezas más obvias y menos debatidas, despiertan nuestras conciencias somnolientas, dirigiendo una mirada rigurosa, interrogativa y crítica sobre el estado del mundo. ¿Qué serían nuestras representaciones del mundo social sin un conocimiento científico del mercado económico, de las organizaciones productivas y la



Aguaceros

estratificación social; de las desigualdades económicas, sociales, culturales o de género; pero también sin conocimiento de las estructuras de parentesco, las formas contemporáneas de la familia o los procesos de socialización según el sexo o entorno social de origen? Resulta difícil imaginar el increíble retroceso democrático que significaría un mundo en el cual la gran mayoría de los futuros ciudadanos, desprovistos de todo conocimiento científico sobre el estado del mundo en el que viven, dependerían exclusivamente de los sofistas de los tiempos modernos.

Históricamente, las ciencias sociales se han construido en contra de la naturalización de los procesos históricos, en contra de todas las formas de etnocentrismo arraigadas en la ignorancia de los puntos de vista particulares que se tienen sobre el mundo, en contra de las mentiras involuntarias o deliberadas sobre el mundo social. Por este motivo, me parecen cobrar una importancia fundamental en el marco de las sociedades democráticas. Deberían ser desarrolladas en todas partes donde fuera posible, para así contribuir a la formación de ciudadanos un poco

más *sujetos* de sus acciones en un mundo social no dado por natural, vuelto un tanto menos opaco, un tanto menos extraño y un tanto menos incontrolable.

Por todos estos motivos, les agradezco mucho que honren la sociología al otorgarme este título de doctor *honoris causa*. **LPyH**

Bernard Lahire es sociólogo, profesor de la École Normale Supérieure de Lyon y decano del Institut Universitaire de France. Entre sus libros destacan *L'homme pluriel* (1998) y *El trabajo sociológico de Pierre Bourdieu. Deudas y críticas* (2005).